

## Obreros y huelgas patagónicas: representaciones en publicaciones santacruceñas de las primeras décadas del siglo veinte

Betina Ferrante  
Universidad Nacional de la Patagonia Austral

### Resumen

La matanza de obreros más cruenta de la Patagonia ocurrió bajo el gobierno de Hipólito Yrigoyen. Los sectores en pugna estuvieron representados, por un lado, por la Sociedad Obrera de Río Gallegos (adherida a la Federación Obrera Regional Argentina, FORA) que nucleaba a estibadores, cocineros, mozos y empleados de hotel y trabajadores rurales. Frente a ellos, confederados en la Liga del Comercio y la Industria de Río Gallegos; la Sociedad Rural de Santa Cruz, reunión de todos los estancieros, y la Liga Patriótica Argentina que reunía a los propietarios y era un organismo de defensa dirigido contra la izquierda proletaria. El resultado del conflicto fue una violenta represión y el fusilamiento de los obreros que protagonizaron estos movimientos huelguísticos acaecidos durante los años 1921 y 1922 en Santa Cruz. El Coronel Varela, a cargo del ejército, y exhortado por los estancieros latifundistas, tuteló la bestial acción. Estos sucesos, además de ocupar un espacio significativo en las páginas de los periódicos de la región, situaron a la Patagonia como referente textual en las publicaciones periódicas nacionales. Diarios como *La Razón* y *Crítica* tematizaron estos hechos desde enfoques ideológicos y formas escriturarias heterogéneas. En Santa Cruz, la mayor parte de los diarios y periódicos –cuyos directorios estaban relacionados en general con los estancieros– fueron configurando una imagen de los huelguistas relacionada intrínsecamente con el bandolerismo, la exaltación al orden y la amenaza para la nación. Algunos años después de ocurridas las huelgas, comenzó a publicarse la revista *Argentina Austral*, dirigida por el mayor grupo latifundista de la Patagonia. En ella, algunos textos literarios se refirieron oblicuamente a estos sucesos. En este trabajo se analizará la configuración de imágenes de los obreros y de las huelgas en publicaciones periódicas patagónicas de las primeras décadas del siglo veinte.

**Palabras clave:** huelgas – imaginario – Patagonia – prensa – obreros

Todo poder se rodea de representaciones, símbolos, emblemas que lo legitiman y que son necesarios para asegurar su protección. Ejercer un poder simbólico no significa agregar lo ilusorio a un poderío “real” sino multiplicar y reforzar una dominación efectiva por la apropiación de símbolos y por la conjugación de las relaciones de sentido (Baczko 1994: 8).

La prensa se instituye como dispositivo cardinal, no sólo en el sostenimiento de los imaginarios sino también en su creación. Vizer plantea, en este sentido, que los procesos de información y de comunicación se conciben como operaciones culturales a las cuales los seres humanos recurren como *recursos* para “construir y cultivar” contextos de la realidad que les permitan reproducir permanentemente sus “mundos de la vida” (2008: 107).

Durante las huelgas obreras acaecidas en Santa Cruz en los años 1921 y 1922, la prensa santacruceña dirigida por el sector latifundista cumplió un papel fundamental en calidad de dispositivo de fabricación y mantenimiento del *status quo*, a través de una configuración del huelguista en el imaginario social planteada en términos de enemigo de la población.

En este trabajo se analizará dicha configuración en el diario riogalleguense *El Nacional*, en un *corpus* integrado por artículos de 1922 y 1923.

Se expondrán, asimismo, algunos ejemplos de otras publicaciones, que reafirman la operación discursiva de *El Nacional*.

Este diario comenzó a circular en 1921 y se editó hasta 1931. Fue la primera publicación cotidiana publicada de Bahía Blanca al sur. Su director Arturo Brissighelli

se encontraba vinculado al gobierno yrigoyenista e integraba asimismo la Liga Patriótica Argentina de Santa Cruz, órgano de oposición a las luchas obreras.

Si nos detenemos en el análisis de las reivindicaciones reclamadas por los peones durante las huelgas de la década del veinte pueden resultar no muy significativas en el plano económico en relación con el flujo de capitales que el poder posee, maneja y hace circular. Pero sí adquieren una gran peligrosidad si se leen como los datos de la emergencia de potenciales quiebres que amenacen la dominación del grupo latifundista, ya que el campo de poder de éstos se presenta cohesivo y sin fisuras alarmantes.

Por ello, los episodios de represión de las huelgas pueden considerarse como la representación de la lucha por sostener dicho orden hegemónico al que se lo quiere preservar de conflictos. Esta batalla se libra en el espacio privilegiado del ejercicio del poder: el imaginario social. Martín-Barbero postula al campo de lo simbólico como el espacio ideal para el estudio de las formas de protestas sociales, debido a la sensibilidad de las clases populares respecto de los símbolos de la hegemonía (1997: 106). Estos, en el caso de la publicación mencionada, pretenden propagarse en el conjunto de la población estableciendo un límite infranqueable entre la sociedad y los protagonistas del conflicto obrero.

El grupo económico hegemónico en la Patagonia argentina y chilena estaba constituido por los fundadores de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia. "La Anónima" se había constituido en 1908 a partir de la unión comercial de José Menéndez y Mauricio Braun, representantes de los dos grupos empresariales más importantes, con objeto de comercializar las lanas del sector argentino de la Patagonia.

Ante este enorme poderío, comienzan los reclamos de los peones rurales a partir de 1920, pidiendo reivindicaciones mínimas como cobrar en moneda nacional y no en vales o cheques.

El conflicto puede dividirse en dos partes: en una primera parte el gobierno yrigoyenista envía al ejército a cargo del Coronel Benigno Varela, quien ante las condiciones en que viven los peones solicita a los estancieros que firmen el pliego de requerimientos. Los hacendados se muestran indignados con el ejército y el gobierno, y algunos se niegan a firmar.

Se suceden entonces más levantamientos, los estancieros presionan al gobierno, que vuelve a enviar a Varela, quien esta vez –y en el transcurso de conflictos que duran hasta 1922– reprime a los obreros y fusila aproximadamente a 1500.

Las publicaciones en las que se responderá a la visión de este grupo de hacendados en Río Gallegos, además del diario que es objeto de este trabajo, son *La Unión* y la revista *Argentina Austral*.

En esta lucha en el plano simbólico, que además de la conservación del orden intenta la justificación de la represión y de los fusilamientos cometidos, se conforma una representación del huelguista como enemigo y como elemento de amenaza para la sociedad en su conjunto.

Una de las aristas que conforman esta representación, es la del obrero como dispositivo de violencia. En muchos artículos, el diario se refiere a los hechos ocurridos como alzamientos armados, como sedición o como atentados violentos en contra de toda la población.

Se configura de este modo una imagen de los huelguistas como amenaza a un orden establecido que se presenta como el de mayor prosperidad y el único posible para los habitantes de los territorios del sur.

La figura del Comandante Varela y la del décimo Regimiento de Caballería aparece siempre ensalzada. La caracterización que se hace de este cuerpo y de su dirigente en los artículos se vincula mayormente con la acción de pacificación del territorio.

En este mismo sentido, una operación discursiva de *El Nacional* es configurada a partir de nuevos reclamos que se están efectuando en 1922 –luego de ocurridos los

fusilamientos y encarcelamientos. La publicación señala las divergencias entre estos reclamos y los “alzamientos” anteriores. La oposición es delimitada en términos de conflicto violento y conflicto pacífico.

De este modo, se traza la línea demarcatoria entre los alteradores del orden, subversivos y violentos que obligan a sus compañeros a la huelga, y los nuevos obreros que reclaman pacíficamente: “Señálase además, como causa del paro, la reducción de jornales, conforme lo anticipamos ayer, y se agrega que en ambos casos, los obreros se han limitado a suspender los trabajos sin cometer ninguna violencia”.

Más adelante se enfatiza en la publicación que estos obreros pacíficos son los que se han contratado en reemplazo de los anteriores huelguistas.

Otra de las aristas que conforman la representación de los peones es la de extranjero enemigo de la nación.

La ciudadanía no aparecerá aquí sólo en su acepción moderna de pertenencia por nacimiento o adopción a un país, sino que en el campo semántico que configura su representación se incluirá la aceptación de las leyes y del orden de la patria, orden del cual el grupo hegemónico de la Patagonia se considera institutor.

De este modo, el extranjero es aquel que se opone a la patria y por oposición el ciudadano es quien acata el orden.

La paradoja se deja ver por ejemplo en la liga Patriótica de Puerto Santa Cruz, órgano de oposición a los huelguistas, integrada completamente por extranjeros, dato que se soslaya porque su oposición a los “elementos discordantes” la constituyen como verdaderamente patriótica. Esta institución que, a nivel nacional, estaba dirigida por Manuel Carlés, quien visitará Santa Cruz en la época del conflicto, será uno de los aliados fundamentales de los latifundistas para vencer a los obreros.

La construcción del extranjero como enemigo de la patria se plantea entonces como la dicotomía entre los que aman a la nación, sea porque pertenecen a ella o porque respetan sus leyes, y los elementos foráneos peligrosos.

Así, en el diario, al calificar la acción del Comandante Varela, se dirá que:

...el hecho tiene un doble significado para nosotros, los habitantes de este territorio, porque podría decirse que es el epílogo de la tragedia que se desarrollara aquí el año pasado a consecuencia del movimiento subversivo del campo, y en el que el teniente coronel Varela, al mando del Regimiento 10 de Caballería, tuvo una destacada y eficiente actuación, devolviendo la tranquilidad al territorio con el sometimiento de todos alzados contra las leyes de la nación. (“Homenaje”. *El Nacional*, 23 de marzo de 1922, 6)

Y luego, al tratarse la iniciativa de establecer definitivamente las tropas del ejército en el territorio –habían aniquilado a los elementos discordantes y extranjeros– se caracteriza a este cuerpo como un “elemento de argentinización”.

Otra publicación, representante también de los intereses de los hacendados, reafirmará esta caracterización: *La Unión* fue un periódico de tendencia conservadora, cuyo director, Edelmiro Correa Falcón, era secretario de la Sociedad Rural y gobernador interino del territorio de Santa Cruz cuando comenzaron los conflictos

Es esclarecedor, en este trazado del huelguista como enemigo de la patria, un artículo que publica *La Unión* luego de un banquete organizado en el marco de la conmemoración del 9 de julio. El cocinero y los mozos se niegan a servir las mesas, puesto que se encuentra presente Manuel Fernández, dueño de la firma Varela Fernández, boicoteada por el líder de los peones Antonio Soto.

Este *modus operandi* de boicot que fue recurrente durante el movimiento obrero es motivo de las siguientes consideraciones:

Debió bastarles a los oponentes el hecho de tratarse de una reunión de carácter patriótico [...] Los obreros locales proceden de esta suerte, en

calidad de potencia opuesta al orden establecido e irreverentes con los símbolos que los representan [...] pero han hecho mal en herir el sentimiento patriótico. Con ello han empezado a recordarnos que el que no está con la patria es enemigo de la patria, y que es medida de elemental prudencia arrancar la carcoma y cauterizar la herida, para evitar el peligro de una infección total. La agresión obliga a la defensa y la defensa no tiene medida, cuando repele una agresión injusta. (citado por Bayer 2002: 109-110).

Teniendo en cuenta los planteos de Castoriadis sobre el simbolismo como sistema sobre el que se apoya el imaginario social, podemos considerar la simbología de la patria como medio para el trazado de estas fronteras que permiten situar al enemigo (Castoriadis 1983, citado por Baczkó 1991: 29).

Esta construcción traspasa los límites de la prensa y se extiende también a los informes que acreditan la acción militar. En uno de ellos, presentado por el General Anaya, se llega hasta el extremo de la invención adjudicando a un grupo de obreros, con los que se enfrentaron las tropas del ejército, el grito: "Viva Chile", como motivo del inicio del tiroteo. Este hecho guarda relación con la hipótesis que pugnaba por establecer que el conflicto era dirigido desde Chile, país que facilitaba armas a los obreros (citado por Bayer 2002: 173).

Dos intervenciones de los dirigentes a nivel nacional de la Liga Patriótica Argentina se publican en el diario *El Nacional* en 1922. Manuel Carlés, presidente, y su secretario Quesada publican dos artículos: en ellos la forma escrituraria y el nivel de ficcionalización de los hechos los acerca a relatos literarios en los que se consagra a los héroes.

En el caso de Carlés, con motivo de la consulta que se le hace sobre cuál podría ser el monumento que erija la Liga Patriótica al ejército que "restauró el orden en la Patagonia" rememora cómo éste, con un centenar de soldados, venció a 5000 obreros sublevados que arrastraban consigo 2000 caballos, autos y rehenes por la provincia.

La narración de Quesada se titula "Una niña heroica" y cuenta la historia de una adolescente hija de estancieros de la estancia Tehuelches, quien durante el ataque de los obreros a la hacienda logra reconectar las líneas de comunicación rotas por ellos y comunica a Varela que se encuentran allí, salvando de este modo a su familia. Dos relatos que convergen en la apoteosis de héroes que defendieron a la patria. ("El culto de la Patagonia", *El Nacional*, 4 de marzo de 1922, 3; y "Una niña heroica", *El Nacional* 21 de abril de 1922, 2).

Esta construcción del extranjero se vincula particularmente a la acción de conjuración y condena de la doctrina anarquista a la cual pertenecían la mayor parte de los dirigentes de la Federación Obrera. El fantasma del anarquismo incipiente, que en la conceptualización williamsiana puede adquirir la modalidad de estructura del sentir, aparece como el temor más arraigado dentro del grupo latifundista, y es puesto de manifiesto en las declaraciones discursivas tanto periodísticas como literarias. La Revolución Rusa y las revueltas obreras ocurridas durante el gobierno de Yrigoyen se constituirán en el antecedente marco en el que se leerá el conflicto santacruceño. Así, el anarquismo aparecerá siempre demonizado y descalificado.

*El Nacional* publica artículos en los que expone a Rusia como cuna de crímenes y en estado de primitivismo.

Se encargará asimismo de responder las notas que, sobre la situación de Santa Cruz publica el diario anarquista *La Protesta* de Buenos Aires criticando la actuación de Varela. *El Nacional* no contraargumentará haciendo referencia a los hechos sino que se limitará a condenar la ideología del diario metropolitano por su "vocabulario de injurias tan propio y tan digno de sus demoleadoras tendencias". En otro artículo se lo acusará de insultar, como acto usual del credo anarquista, "a funcionarios públicos, leyes de la Nación y hombres de orden" ante la lectura que hace *La Protesta* de la

grave situación que se vive en el sur (“La fobia anarquista”, *El Nacional*, 17 de marzo de 1922, 4; y “Galantería periodística”, *El Nacional*, 29 de marzo de 1922, 3).

Al conocerse el asesinato de Varela se manifiesta que fue asesinado por “una bomba anarquista de un sectario inconsciente de un instrumento ciego subordinado a la voluntad de la acracia demoleadora que socava el edificio social en los países civilizados” (“El asesinato de Varela”, *El Nacional*, 26 de enero de 1923, 5).

Las enérgicas críticas que profiere *El Nacional* contra *La Protesta* parecen centralizarse en un punto que al diario (y por ende al grupo que lo tutela) le preocupa: la denuncia del orden de explotación y de concentración de poder que se vive en la Patagonia. Por ello, trata de representarse a las huelgas como actos vandálicos que perjudican a la sociedad y a esa sociedad como edificada sobre un sistema regido por el paradigma del progreso, bajo el cual se vive apacible y dignamente y se asciende como consecuencia del esfuerzo. Así, en otro de los fragmentos perteneciente a las notas en las que se responde a *La Protesta* se manifiesta: “No sabe *La Protesta* que la mayoría de los capitalistas de esta región [...] son también obreros que han llegado a labrarse una posición por su esfuerzo personal y su trabajo tesonero”.

Se recalca en otra nota que *La Protesta* “debería saber que en estos territorios, anarquistas y no anarquistas conviven pacíficamente.”

Otra de las representaciones que se construye y se pone a circular en el imaginario social es la que asocia al huelguista con el bandolero.

Eduardo Romano, quien analiza la imagen en la prensa bonaerense de los obreros que participaron de este conflicto, expone cómo se ejemplifica allí lo que Barthes denominó –en referencia a la fotografía– “denotación sin código”; pues se incluye una leyenda verbal a una fotografía que muestra destrozos en estancias sindicando como culpables a los huelguistas, sin que la imagen refleje esa situación, pues se exhiben los destrozos pero no sus autores (Romano 1991: 254).

Esta imprecisión en el referente, que Romano sitúa en la fotografía, se reitera en los discursos de la prensa escrita. De modo análogo, se omite la referencia a hechos particulares y se va construyendo esta representación a partir de la reiteración de sucesos expresados con vaguedad. El diario repite frases como: “Sembraron pánico con salvajes procedimientos, quemaron estancias, destruyeron alambrados, ultrajaron mujeres y se armaron en contra de la justicia y las instituciones del país.”

Esta indeterminación se reitera siempre que se expone a los obreros como bandoleros. Así como la ficción hace uso del detalle para lograr el efecto de lo real, en estos discursos periodísticos pareciera que el pacto entre lector y emisor que los configura como “transmisores de la realidad” y la tan autoproclamada objetividad propia del periodismo moderno, bastaran como indicio de verdad.

En las publicaciones metropolitanas más importantes se reiteran estas imágenes: *La Prensa*, *La Nación*, *La Razón* sostienen el imaginario trazado por la prensa local.

*La Nación* bosqueja en un editorial –que intenta caracterizar como de corte sociológico– una genealogía del bandolero o huelguista malo que es el que toma estancias en Santa Cruz y obliga a sus compañeros a la huelga. Este tipo social derivaría, según el diario, del “gaucho malo”. Estas representaciones pueden situarse así en el linaje establecido a partir de la antinomia fundacional de la nación, que profesa la frontera irresoluble entre civilización y barbarie.

En las antípodas, *Crítica* se presenta alineado con periódicos anarquistas y socialistas como *La Vanguardia* y *La Protesta*, sufriendo como consecuencia problemas con la justicia por el tratamiento del asesinato de Wilckens (Saitta 1998: 65-70).

Esta imagen de bandolero, además de justificar los fusilamientos, permite la representación de los participantes de las huelgas como un grupo sectario, separado del obrero “sano” y del pueblo, colectivo que, según la configuración trazada, apoya la labor del ejército y de quien está instigando su acción: los hacendados.

La lúcida y fundamental investigación de Osvaldo Bayer divide a las fuerzas en latifundistas por un lado, y peones, empleados y pequeños comerciantes, por otro. (Bayer 2002: 26-27).

La prensa en cambio, con términos relacionados semánticamente con el campo de la salubridad, traza fronteras entre los “sublevados” y un pueblo en el que se encuentran integrados los obreros que no participan de las huelgas. En los artículos de *El Nacional* aparecen frases como: “El obrero está siendo víctima de los que, sin serlo, se encaraman sobre las organizaciones con el único y preconcebido fin de explotarlo en la forma más solapada y extorsiva: “Honda repercusión del asesinato de Varela en el elemento sano de la población”, “Falta una fiesta popular para homenajear al cuerpo que normalizó la vida de este territorio”.

La caracterización del obrero como delincuente es llevada hasta el paroxismo en un artículo en el que se homologa a los huelguistas con un grupo de ex presidiarios de la cárcel de Ushuaia que desembarcaría en la ciudad. La nota se titula “más delincuentes”:

No está todavía bien depurado el territorio, de factores peligrosos a su tranquilidad y progreso, cuando se nos inyectan nuevos elementos para el alboroto de mañana...

La última revuelta ha puesto en evidencia sorprendentes vinculaciones con el delito que irán a esclarecerse ante la justicia, para que la obra de saneamiento iniciada contra los delincuentes pueda ser de consecuencias perdurables. (*El Nacional*, 5 de agosto de 1922, 5)

Asimismo, en 1922, el diario publica una resolución gubernamental mediante la cual se obliga a los trabajadores de las estancias a poseer una libreta con sus datos. Esta acción se constituiría como medida de prevención y resguardo de los “elementos peligrosos” participantes de los conflictos:

Habiendo constatado esta Gobernación que numerosos sujetos, pululan de una estancia a otra en donde se alojan y alimentan, pudiendo así vivir sin trabajar siendo por lo general entre estos los perturbadores del orden, a fin de evitar estas irregularidades y que el elemento sano y trabajador sea molestado en sus tareas, se toman estas medidas. (“Reglamentación en el trabajo”. (*El Nacional*. 4 de febrero de 1922, 4)

Las configuraciones anteriores de los huelguistas permiten la conformación del conflicto obrero en términos de combate.

El discurso histórico rebate esta idea basándose fundamentalmente en la falta de bajas en el ejército y en las pocas armas que se secuestran a los huelguistas a pesar de la imagen de bandoleros armados.

Los hechos se presentan como enfrentamientos cuando los testimonios dan cuenta de que se sorprendía a los obreros indefensos e incluso a veces se los fusilaba luego de rendiciones y entregas pacíficas.

De este modo se ejerce la hegemonía –en el sentido gramsciano de búsqueda de adopción de ideas de una clase como ideas colectivas– hacia lo que representan como el pueblo aislado del “elemento insano”. Se simulan así los intereses de clase, transfigurándolos en intereses colectivos, y se construye la imagen de defensa de la población ante un enemigo de la sociedad en su conjunto.

En manifestaciones literarias se tematiza también, unos años después, este conflicto. En su relación con la cultura (teniendo en cuenta el planteo de Williams del arte como una de las actividades de la sociedad) la literatura nos permite el acceso a una configuración análoga a la de las publicaciones estudiadas.

En 1929 comienza la circulación de la revista *Argentina Austral* que era publicada y distribuida gratuitamente por el Directorio “La Anónima”, perteneciente al grupo de hacendados. Estudios sobre esta revista (Sayago 1995: 18) proponen como una de las causas de su creación la edición del libro *La Patagonia Trágica*, de Borrero, en el que se denunciaban las condiciones de vida en la Patagonia.<sup>1</sup> La reaparición del conflicto en esta revista reactualiza las representaciones ya aparecidas en *El Nacional* y en otras publicaciones tuteladas por el grupo de hacendados.

En las narraciones publicadas allí, en general relatos cortos de corte costumbrista, los estancieros y empresarios aparecen representados como justos y nobles: ayudan a los peones a desarrollarse económicamente (otorgándoles tierras y animales por ejemplo). Los peones son configurados como ignorantes y dependientes y en cuanto se sublevan se señala el equívoco en su método de lucha.

El cuento “La ironía del destino” escrito por Francisco Larre, jefe del sector Control de la Sociedad, es ilustrativo respecto de la representación de las protestas de obreros: tras una historia que podría definirse como literatura sentimental se presenta un conflicto. El narrador reconoce como justas las peticiones, pero marca discrepancias en cuanto al método, ya que indica que los obreros estaban mal aconsejados y por eso elegían el terror como forma de lucha. Logran sojuzgarlos a través de un invento: un foco de luz que los obliga a retirarse. Esta acción encuentra en la obra dos justificaciones: dejar actuar a los manifestantes significaba condescender a la pérdida de la fuente de riqueza más importante de la zona, y autorizar la intervención del ejército (acción para la cual el gobierno estaba dispuesto) implicaba una matanza.

Es notorio cómo la narración enfatiza la supresión de la opción del ejército y el triunfo pacífico-tecnológico del empresariado ante el reclamo obrero, relativamente justo en principio pero erróneo en su metodología. De hecho es el protagonista, un ingeniero noble e inteligente, y no el pérfido dueño de la fábrica, quien inventa el artefacto que permite subyugarlos.

La decisión de los huelguistas se presenta como producto de “malos consejos” apareciendo así nuevamente la condena a las ideologías socialistas y anarquistas.

Otro cuento, “Una Eva y dos Adanes”, narración de ciencia ficción en la que el planeta ha sido aniquilado por una bomba, retoma el tema: pues quien ha destruido el mundo mediante este método ha sido un grupo anarquista.

De este modo reaparecen representaciones ya configuradas en la prensa de comienzos del veinte.

Puede plantearse entonces, a modo de conclusión, que el diario *El Nacional*, como así también otras publicaciones cuyos grupos editores se hallaban vinculados a los sectores latifundistas, realizan una operación discursiva de construcción de la alteridad en términos de enemigo social.

Así, el huelguista es un bandolero violento, delincuente y enemigo de la nación, que trata de subvertir un orden en el que se vive digna y pacíficamente, orden que es el que permite que el progreso siga siendo el paradigma rector del territorio patagónico.

Esta construcción realizada por las publicaciones en el imaginario social les permite, además del sostenimiento de este régimen imperante, la justificación de las detenciones y los fusilamientos de obreros cometidos durante el conflicto.

---

<sup>1</sup> Según el planteo de Sayago acontecieron dos hechos, estrechamente vinculados entre sí, que impulsaron a La Anónima a publicar la revista. Por un lado, los rumores despertados por el aplastamiento de la huelga y el posterior fusilamiento de los peones en Santa Cruz, en 1921. Por otro, la publicación, en 1928, del libro de José María Borrero *La Patagonia Trágica*. Esta obra difundió a nivel masivo la denominada “leyenda negra” de los estancieros. Borrero denuncia las condiciones de explotación a las que se veían sometidos los trabajadores, el enriquecimiento ilícito de las Sociedades Anónimas y principalmente la matanza de indígenas como método de apropiación y control de las tierras.

## Bibliografía

*Argentina Austral* N° 1 a N° 13, publicada por la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia. Buenos Aires, 1929-1930.

Baczko, Bronislaw (1984). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas* (trad. de Pablo Betesh), Buenos Aires, Nueva Visión.

Baillinou, Juan (Dir.) (1985). *Centenario de Río Gallegos 1885-1985*, Río Gallegos, Publicación de la Municipalidad de Río Gallegos.

Bayer, Osvaldo (2002). *La Patagonia rebelde*, Buenos Aires, Planeta.

*El Nacional*, selección de artículos de 1922-1923. Diario publicado en Río Gallegos a partir de 1922.

Gramsci, Antonio (1976). "Las tendencias populistas". *Cuadernos de la cárcel: Literatura y vida nacional*, México, Juan Pablos Editor.

Martín-Barbero, Jesús (1997). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili.

Romano, Eduardo (1991). "Imágenes de los obreros y marginales en la prensa porteña hacia 1920". *Revista Unidos* 23, 1991, 250-257.

Sáitta, Sylvia (1998). *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana.

Sayago, Sebastián (1995). *La literatura como instrumento ideológico. Un estudio de la Patagonia recreada en las narraciones de la revista Argentina Austral*, inédito.

Vizer, Eduardo (2008). *Investigar en comunicación. Estrategias de intervención y socioanálisis*, inédito.

Williams, Raymond (2003). *La larga revolución* (trad. de Horacio Pons), Buenos Aires, Nueva Visión.